

## ¿QUÉ ES UN DIALECTO?

por MANUEL ALVAR

La lingüística, desde los eruditos de Alejandría (siglo II a. de C.) hasta el siglo pasado, ha venido siendo una preocupación de carácter filológico (como guía para la correcta interpretación de los textos) o una preocupación de índole dogmático (gramáticas basadas en un criterio de autoridad). Pero con el gran lingüista italiano Graziadio Isaia Ascoli<sup>1</sup> surge un nuevo interés: el del conocimiento de las hablas populares. Esto es: conocer la lengua del pueblo en sus diversidades geográficas, prescindiendo del espejismo de la corrección y haciendo abstracción de los hechos retóricos. De una parte, se llegaba así al conocimiento del habla de cada día y de las hablas que no tuvieron cultivo literario, y, de otra, a la concepción del lenguaje como actividad humana y, por tanto, sometido en todo momento a una modelación activa por parte de cada hablante. Vico, Herder y Humboldt se anticiparon a las modernas concepciones del lenguaje como hecho social (Saussure) y como medio de expresión (Croce, Vossler), pero hizo falta mucho tiempo todavía para que se admitiera la identidad de la lengua hablada y de la escrita. En 1930, Karl Vossler podría decir ya: «los filólogos literarios se apoderarán de los documentos escritos y los lingüistas andarán nómadas en busca de los dialectos que se hablan por las diversas partes del mundo. Pero hemos de ver que se trata de una diferencia material, no sustancial. Filosóficamente es lo mismo; que la manifestación verbal atravesase volando el aire, fugaz y momentánea, o que esté clavada sobre el más incorruptible peñasco de basalto o de granito».<sup>2</sup> Pero Vossler podía decir esto después de medio siglo en que la dialectología había venido suministrando materiales a la lingüística o a la crítica textual y se había organizado en una ciencia independiente.

El reconocimiento de la dignidad de los dialectos y de su estudio se debe en parte al nacimiento de la lingüística como ciencia histórica. Viose

1. Sobre su obra y significación, *vid.* B. Terracini, *Guida allo studio della linguistica storica*, Roma, 1949, pp. 123-142, donde se amplían los datos que aparecieron en *Perfiles de lingüistas*, Tucumán, 1946. *Vid.*, además, las pp. 18-23 de la traducción española del libro de Iorgu Iordan, *Filología Románica*, Madrid, 1967.

2. *Metodología filológica*, Madrid, 1930, p. 8.

que en el descuido del habla viva se perdían las posibilidades de crear una historia lingüística de carácter científico por falta o desprecio de materiales; era cierto, por tanto, el pensamiento de un poeta, Nodier, cuando proponía el conocimiento de los dialectos para mejor saber la propia lengua; mucho más cierto si pensamos en la necesidad científica de disponer de grandes masas de elementos sobre los que poder montar teorías o con los que rehacer los eslabones que el tiempo ha roto en la cadena de la historia. Justamente entonces, cuando los dialectos alcanzaron paridad con las llamadas lenguas de cultura, hubo una clara inversión de términos, la dialectología se antepuso a cualquier otra manifestación lingüística y se afirmó la preeminencia del lenguaje hablado sobre toda suerte de escrituras.<sup>3</sup> En el principio era la palabra, y a ella volvió —andado el siglo XIX— la investigación. Pero esta vuelta al dialecto no se planteó —sólo— con un criterio escuetamente científico; alguna vez escritores pertrechados de grandes conocimientos idiomáticos trataron de resucitar el valor etimológico, es decir, verdadero (gr. *éthimos*, 'verdad'), de las palabras, y con él se acercaron a las hablas del pueblo, a los dialectos, donde trataban de encontrar una clase de casticismo mucho más puro y más noble que el defendido por las Academias.

En primer lugar, no debe olvidarse un hecho básico: lo que llamamos lenguas literarias o lenguas de cultura —ninguna de las dos designaciones es de gran exactitud— no son en su origen otra cosa que modestos dialectos. Así, el toscano; así, el franciano; así, el castellano. Para el hispanohablante no lingüista es un poco difícil comprender que esta lengua cuya voz no se atenúa «por mucho que ambos mundos llene», esta lengua que «flota como el arca de cien pueblos contrarios y distantes» y que «abarca legión de razas», fue en su origen un dialecto de gentes ariscas que estaban constreñidas en una pequeña comarca, según los archisabidos versos del *Poema de Fernán González*:

*Entonçe era Castiella vn pequenno rryncon,  
era de castellanos Montes d'Oca mojon,  
e de la otra parte Fitero al fondon,  
moros tenian Caraço en aquella saçon.*  
(estr. 170)

Desde esta región que iba del Pisuerga al este de Burgos y, por el sur, apenas rebasaba Salas, comenzó hace unos mil años la expansión de Castilla. Ni entonces ni en los siglos posteriores el castellano era superior al aragonés o al leonés, los otros dialectos del tronco común. Toda una antigua literatura es de signo dialectal, y los dialectalismos llegan hasta el poema que Castilla dedica al mayor de sus héroes, al Cid. Después las cosas cambiaron —o siguieron el curso más inesperado—, y Aragón y León fueron cediendo ante el dialecto central: sin que hoy hayan terminado su repliegue.

3. Vid. Dauzat, *La filosofía del lenguaje*, Buenos Aires, 1947, pp. 172-173.

Si vemos cómo en una época antigua la lengua escrita empezó por ser un dialecto (el andaluz es un dialecto del castellano en la misma medida que éste lo es del latín); si vemos cómo los dialectos impregnaban de su evolución a un grupo importante de creaciones literarias, y si tenemos en cuenta la honda separación que hay ahora entre el bable y el pirenaico, de una parte, y la lengua española, de otra, tendremos que inferir la imposibilidad de trazar una historia de la lengua sin el conocimiento de los dialectos. Bien entendido que, por distinta que haya sido la suerte del castellano y la del leonés, el estudio de las hablas vivas no dialectales —si puede existir habla viva que no sea dialectal—<sup>4</sup> deberá hacerse también aproximándonos al pueblo, pues hay infinidad de voces que nunca se escribieron y que, escondidas en oscuros rincones, aclaran grandes zonas de la historia lingüística o proyectan nueva luz sobre la vida del lenguaje, mucho más movable y activa de lo que permite ver el criterio normativo de los gramáticos.

La diferencia entre literaria y dialecto es, pues, un concepto histórico o, por mejor decir, derivado de la historia. Por razones distintas (políticas, sociales, geográficas, culturales), de varios dialectos surgidos al fragmentarse una lengua hay uno que se impone y que acaba por agostar el florecimiento de los otros. Mientras el primero se cultiva literariamente y es vehículo de obras de alto valor estético, hay otros que no llegan nunca a escribirse, y, si lo son, quedan postergados en la modestia de su localismo. Mientras el primero sufre el cuidado y la vigilancia de una nación, los otros crecen agrestemente. Más de una vez se ha señalado la diferencia —y relación— de lengua y dialectos. De Rousselot son las palabras que siguen: «Les patois ne son plus pour la science ce qu'on les a cru trop longtemps, des jargons informes et grossiers, fruit de l'ignorance du caprice, "des tares du français", dignes tout au plus d'un intérêt de curiosité [...] Ils ne sont donc pas seulement indispensables pour l'étude particulière du groupe de langues auquel ils appartiennent, ils fournissent encore les donnés les plus sûres à la philologie générale, et, si je disais toute ma pensée, je réclamerais pour eux, en regard des langues cultivées, la préférence que le botaniste accorde aux plantes du champ sur les fleurs de nos jardins.»<sup>5</sup> Casi cincuenta años más tarde estas palabras eran recogidas por otro dialectólogo francés, Millardet, en un libro de metodología dialectal.<sup>6</sup>

Teniendo en cuenta que las llamadas lenguas literarias y los dialectos son idénticos en su origen, se comprenderá fácilmente que desde un punto de vista histórico y en pura doctrina filosófica es tan lícito el estudio de unas como el de otras. Ahora bien, y según decía antes, la lingüística se aplicó como auxiliar en la interpretación de textos y codificó en las gramáticas el uso correcto de la lengua, según unos criterios de autoridad;

4. Para estudiar este aspecto son valiosos los siguientes trabajos de García de Diego: «Dialectalismos» (*Revista de Filología Española*, III [1917], pp. 301-318); «El castellano como complejo dialectal y sus dialectos internos» (*Rev. Filol. Española*, XXXIV [1950], pp. 107-124), y *Gramática Histórica Española*, Madrid, 1951.

5. *Revue des patois gallo-romans*, II, 1887, p. I.

6. *Linguistique et dialectologie romanes*, Paris, 1923, p. 101.

pues bien, ambas manifestaciones son subsidiarias, puesto que no hacen otra cosa que colaborar con otras ramas científicas o someterse a la norma de los autores literarios. Sin embargo, la dialectología vino a crear —o al menos a consolidar— una lingüística autónoma, tanto por los medios seguidos para la recolección y elaboración de materiales (metodología) como por la multiplicidad y variedad de los fines perseguidos (teleología).

Los métodos del comparatismo han permitido su construcción; después de ella no es posible ascender más, y habrán de intentarse nuevas empresas. En ella la dialectología colabora con el sentido tradicional de la ciencia del lenguaje; luego se independiza, crea nuevos métodos y emprende una autonomía cuyos frutos estamos aún cosechando.

Esta autonomía es la que da sentido actual a los estudios dialectales. Porque si tuviéramos en cuenta —sólo— las palabras de Vossler citadas en la nota 2, resultaría que el acopio de materiales —textos o hablas vivas— sólo serviría en cuanto pudiera coadyuvar a cada construcción filosófica del lenguaje; en su propio caso, dentro de unas manifestaciones de valor artístico. Es decir, ante nosotros tendríamos «unos medios, mayores o menores, con los que contribuir a un comparatismo no importa ahora de qué índole». Pero porque la dialectología ha renunciado a ser *ancilla* de la filosofía del lenguaje ha podido —también— tener su propedéutica propia y sus propios fines. No serán los menores haber creado la geografía lingüística, que vino a renovar —como no lo ha hecho ningún otro método— todos los estudios de la lingüística. En Francia, y cito el caso de un país románico excepcionalmente favorecido por las investigaciones de todo tipo, «un des principaux résultats de l'étude des patois, de la géographie linguistique en particulier, a été de renouveler l'histoire de la langue française». <sup>7</sup> Gracias también a su independencia metodológica, la dialectología ha hecho que la romanística renunciara «definitivamente a los procedimientos simplistas de investigación etimológica que heredó de la gramática comparada». <sup>8</sup> Uno y otro testimonio muestran cómo se ha producido el salto desde el trampolín de los datos hacia el campo de los principios teóricos, pero evolucionando sobre un medio estrictamente dialectal. Es decir, desde nuestra perspectiva actual, y con el conocimiento que los años ha desvelado, podemos replantar la vieja polémica de G. I. Ascoli y P. Meyer. Veremos entonces cómo Ascoli intuyó con toda claridad la necesidad de huir del callejón sin salida en que la lingüística se encontraba y cómo la dialectología vino a facilitar las soluciones. Al publicar en 1873 los *Schizzi franco-provenzali*, el espíritu analítico de Paul Meyer se opuso a las ideas sintéticas del lingüista italiano: la crítica degeneró en una violenta discusión, <sup>9</sup> motivada por la distinta postura teórica de los dos

7. A. Dauzat, *Les patois*, París, 1946, p. 8.

8. Vid. K. Jaberg, «A propos de J. Gilliéron. Genealogie des mots qui designent l'abeille d'après l'Atlas linguistique de la France», París, 1918, *apud Romania*, XLVI, 1920, p. 121.

9. Ascoli fue un infatigable polemista, unas veces, en tono amistoso; otras, virulento. Demetrio Gazdaru publicó un libro (*Controversias y documentos lingüísticos*, Universidad Nacional de La Plata, 1967), a cuyas páginas asoma una y otra vez el gran lingüista italiano: intervención en el problema de las leyes fonéticas, enfrentamiento a M. A. Canini, injustos ataques a Th. Gartner.

maestros. <sup>10</sup> Para resolver los problemas de la lingüística del siglo XIX (leyes fonéticas, existencia de los dialectos, etc.) no bastaba la perspectiva histórica, sino que era imprescindible conocer todo un inmenso material lingüístico conservado virginalmente, pero con plena vitalidad; había que orientarse hacia el punto final de todas esas evoluciones, tal y como se atestiguan hoy y se manifiestan en las palpitaciones de las hablas vivas. <sup>11</sup> Por eso, Sever Pop, al presentar una obra de conjunto sobre los estudios dialectales, pudo escribir: «Si l'étude des dialectes reste l'un des premiers devoirs de la linguistique contemporaine, leur enregistrement comporte d'énormes difficultés, lorsque le dialectologue ne se contente pas de faire un simple travail de lexicographe, mais veut donner des détails sur la biologie du langage, c'est-à-dire sur la marche de l'esprit sous les mots qui sont en quelque sort son vêtement». <sup>12</sup>

Tras tanta discusión, tal vez sea útil asomarnos a lo que dicen los diccionarios lingüísticos. El Diccionario de Marouzeau intenta una explicación de tipo diacrónico: *dialecto* es la «forma particular tomada por una lengua en un dominio dado», mientras que Mattoso Câmara se atiene, lógicamente, a una definición sincrónica: «desde el punto de vista puramente lingüístico, los dialectos son lenguas regionales que presentan entre sí coincidencias de rasgos lingüísticos esenciales». Ambas definiciones son insatisfactorias. Si el dialecto es la «forma particular adoptada por una lengua en un territorio determinado», el leonés o el aragonés no son dialectos. O dicho de otro modo, el castellano —con respecto al latín— es tan dialecto como el leonés o el aragonés. Esto es, en la definición de Marouzeau hay una parte de verdad: el principio teórico enunciado; pero no es viable la aplicación práctica de tal verdad. Para que el desajuste se haya producido hay que tener en cuenta un factor diacrónico extralingüístico: la historia política. Por causas de historia externa, un dialecto de los que surgieron al fragmentarse la lengua madre (el latín) se impone a los demás que terminan agostados (caso del castellano con respecto al aragonés o al leonés); el primero se cultiva literariamente y es vehículo de obras de alto valor estético, mientras que los otros quedan postergados en la modestia de su localismo.

Entre nosotros se ha hablado, y con acierto notorio, del español como complejo dialectal o de los dialectos internos del castellano. La coexistencia de todas estas modalidades con la lengua común les priva —según Dauzat— de la posibilidad de ser dialectos. Esa especie de *koiné* hispánica que es el castellano actual no se puede aceptar sino como integradora de elementos contemporáneos (contemporáneos con cada una de sus posibles etapas) que sólo en mínima parte podrán llamarse dialectales (los que pro-

10. Como es sabido, P. Meyer negaba la existencia de los dialectos: cfr. S. Pop, *La Dialectologie*, Lovaina, 1950, t. I, p. 45. Sobre la polémica a que hago referencia, *vid.* las páginas 176-177 de la obra.

11. Cfr. A. Kuhn, «Sechzig Jahre Sprachgeographie in der Romania» (*Romanistisches Jahrbuch*, I [1947-1948], p. 26).

12. *La Dialectologie*, ya citada, p. XI.

ceden del gallego y del catalán, de una parte; del leonés y del aragonés, de otra).

El castellano, es cierto, no se ha segmentado. Presenta modalidades distintas desde el mar Negro hasta Nuevo Méjico, desde el Cantábrico hasta la Patagonia. Cada una de estas formas del castellano ¿son dialectos suyos? La respuesta ha de buscarse partiendo de una postura diametralmente opuesta: ¿qué entendemos por dialecto? Y estamos de nuevo al principio. Según Marouzeau, cada una de tales peculiaridades constituye un dialecto. ¿Es necesaria la segmentación que quiere Dauzat? Hoy el leonés o el aragonés difieren del castellano menos —sin duda alguna— que el andaluz. El sistema fonético y la estructura morfológica del andaluz están lejos de los castellanos.

Y no hablo más que de los hechos seleccionados por Mattoso Câmara; pero no se olvide que también la sintaxis condiciona las peculiaridades morfológicas de las hablas meridionales, y que su léxico es de una enrevesada complejidad. Insisto, la fonética, la fonología y la morfología del andaluz están infinitamente más lejos del castellano que la fonética, la fonología o la morfología de los dialectos históricos (leonés, aragonés). Entonces, ¿sería lícito dejar de hablar de dialectalismo por el hecho de que la lengua madre sigue existiendo? Creo que no. A lo más, habrá que pensar en la existencia de dos tipos de dialectos: unos de carácter arcaico (leonés, aragonés), otros de carácter innovador (hablas meridionales, español de América). No se me ocultan las imperfecciones de la terminología, pero creo que, en esencia, los dos dialectos del norte son de tipo arcaizante porque la justificación de sus modalidades es anterior al momento en que el castellano se impuso como lengua nacional, mientras que los de carácter innovador se explican tan sólo como evoluciones del castellano. Si hacemos la gramática histórica del leonés o del aragonés, llegaremos al latín (y eventualmente al celta o al ibero); si trazamos la del murciano o la del canario, descubrimos el castellano. Queda aparte el judeo-español: tiene toda una serie de rasgos de los dialectos innovadores (seseo, yeísmo, pérdida de *s* final), mientras que posee, también, gran cantidad de elementos arcaicos. Pero es que la génesis de este dialecto poco tiene que ver con la de los otros.

Por tanto, la *segmentación territorial* es un factor decisivo en la creación de los dialectos; ya no me parece tanto que lo sea el que la partición se haya cumplido en una época antigua o la estemos contemplando hoy. Pero conviene no olvidar un hecho: *dialecto* significa, desde un punto de vista estrictamente lingüístico, diferenciación. La geografía es, ni más ni menos, la precisión dentro de la que se han cumplido los hechos lingüísticos; del mismo modo que la cronología establece, también, sus propios límites. Y la diferenciación no obliga a un largo perspectivismo histórico; basta la distancia suficiente para que el hecho cobre sus exactos perfiles, como quiere el estructuralismo.<sup>13</sup>

13. Manuel Alvar, «Hacia los conceptos de lengua, dialecto y habla», en *La lengua como libertad*, Madrid, 1982, pp. 56-65. En el mismo libro, «Lengua, dialecto y otras cuestiones conexas», pp. 66-68.

Pero diferenciación no quiere decir únicamente fragmentación histórica y geográfica. Gran mérito de los estructuralistas norteamericanos ha sido dar circulación a una vieja idea de los lingüistas europeos: la existencia de dialectos verticales; esto es, fragmentación diastrática, además de la tradicional fragmentación diatópica. Uriel Weinreich ha escrito que «la dialectología estructural no debe limitarse a considerar los problemas históricos en el pasado, sino que las diferencias pueden ser tanto sincrónicas como diacrónicas».<sup>14</sup> Dicho con otras palabras, un hecho histórico debe considerarse en su resultado, pero debe estudiarse también en la situación de contraste que crea la innovación actual frente a las repeticiones de una tradición. Surge entonces la validez del polimorfismo como senda a través de la cual llegaremos a perfilar el concepto de *dialecto*, tal y como se ha comprendido en la ciencia histórica. Para ello, el estructuralismo norteamericano acuñó el término de *idiolecto*, que venía a olvidar la heterogeneidad y dudas de la definición de *dialecto*. Para alguno de estos lingüistas, *idiolecto* sería «el conjunto de hábitos lingüísticos de un individuo en un momento determinado» (esto es, diferencias geográficas, sociales e individuales simultáneamente); con ello buscaban aprehender un concepto que manifiesta la unidad del sistema dentro de sus límites más reducidos, pero tal unidad resulta también inaprensible en cuanto nos enfrentamos con el polimorfismo, y el concepto estructural de *idiolecto* viene a ser tan deslizante como el histórico de dialecto.<sup>15</sup>

Lo fundamental, tanto para la tesis historicista como para la estructural, es que el dialecto supone la plena inteligibilidad entre los individuos de una comunidad, sea cual fuere la extensión de ésta, porque si no hay comprensión es que estamos ante otro dialecto. Resulta entonces que para Francescato son inútiles ciertas precisiones que dan Pulgram, Weinreich y Moulton al concepto de dialecto; para ellos, los dialectos deben pertenecer a la misma lengua, mientras que el investigador que comenta defiende no que pertenezcan a una misma lengua, sino que ellos son una lengua; de ahí que precise: *dialecto* es la 'lengua hablada habitualmente en una comunidad lingüística', y *lengua* viene a ser un concepto que incluye en el mismo proceso toda suerte de elementos culturales, o sea, extralingüísticos.

Desde un punto de vista estructural es importante el concepto que cada hablante tenga de su propio hablar, porque según sea «lo que cree que pronuncia» y no «lo que realmente pronuncia» podremos llevar a cabo una descripción de sus hechos fonológicos, como ha señalado Allières, a propósito del polimorfismo. Nos enfrentamos, pues, con la *dialectología sincrónica*, opuesta a la lingüística descriptiva que, con palabras de Charles F. Hockett, ignora las diferencias interpersonales y limita su atención a la lengua como un todo. Surgen entonces, dentro del propio estructuralismo, tendencias bien distintas que, en cierto modo, ha tratado de precisar Harry Hoijer (1957) en su *Native Reaction as a Criterion in Linguistics Analysis*.

14. *Languages in Contact* (5.ª impresión), La Haya, p. 2.

15. Resumen mis páginas iniciales de *Estructuralismo, geografía lingüística y dialectología actual*, Madrid, 1973.

Por otra parte, esa negación de las diferencias interpersonales de que habla Hockett atentaría, necesariamente, contra el concepto de *diasistema*, al menos entendiendo como tal no un «suprasistema» o un «sistema de alto nivel», sino una relación «bidialectal» de cualquier tipo, lo que se ha llamado también *merged system* ('sistema de compromiso o fundido') cuando se trata de dos lenguas en contacto. Pero resulta entonces que *dialecto* viene a ser lo mismo que *diasistema*, y no es posible intentar normalizar en un sistema lo que por naturaleza es inestable; es más, si *dialecto* es un concepto sustentado en la diferenciación, venimos a negar la existencia del objeto de nuestro estudio. Y cualquiera de los términos que usemos, *idiolecto*, *dialecto*, *hablares en contacto*, no hacemos otra cosa que caracterizar diferencias interpersonales que pueden o no convertirse en sistemáticas, pero que son realidades que se escapan o pueden escaparse del esquematismo de cualquier normalización ajena a la vida de una lengua. Precisamente el concepto de *mezcla* que ha surgido a propósito de una definición estructural había sido captado con toda lucidez por Schuchardt cuando consideraba como tal hasta la que se produce «en las comunidades lingüísticas más homogéneas, mediante la migración de los individuos que hablan una misma lengua, de un lugar a otro, de una categoría social a otra, etc.». Hay diferencias interpersonales que, en última instancia, son las que determinan el cambio lingüístico si llegan a alcanzar un nivel suprapersonal, pero, antes de que esas diferencias lleguen a la «norma» que en un sitio rige, es necesario que hayan existido dualmente en el sujeto individual. De él, por contraste con las otras suyas, personales, han irradiado hacia la comunidad, pero, por el mero hecho de coexistir unas y otras en un momento determinado, han vivido «en contacto», con lo que el *merged system* no es preciso que se produzca entre lenguas distintas, sino que basta su realización en un mismo individuo o en una colectividad —no importa si grande o pequeña—, y entonces estaríamos en un campo ideológico muy querido por los viejos maestros del indoeuropeísmo (Meillet), del germanismo (A. Pfalz) o del romanismo (Schuchardt, Gilliéron): no hay sistema que no sea resultado de mestizaje lingüístico.

Teniendo en cuenta todas las dudas que suscitan las posiciones extremas, intentaría definir LENGUA como 'un sistema lingüístico caracterizado por su fuerte diferenciación, por poseer un alto grado de nivelación, por ser vehículo de una importante tradición literaria y, en ocasiones, por haberse impuesto a sistemas lingüísticos del mismo origen'.

La enumeración de condiciones se ha hecho siguiendo un orden de valor: la fuerte diferenciación es un factor decisivo. Sólo así se explica, por ejemplo, la situación del sardo o del rético dentro de las lenguas romances, o la pretensión de convertir el gascón en una nueva lengua neolatina.

El «alto grado de nivelación» me parece necesario para que la lengua presente esa estructura coherente que debe tener el vehículo lingüístico de una numerosa colectividad. El hecho de que las hablas réticas o el rumano no tengan la cohesión del francés o del español no puede servir de argumento. En ambos casos se cumplen otros de los rasgos de mi definición y, de cualquier modo, el rético o el rumano tienen la coherencia necesaria

para constituir sendas unidades lingüísticas. Los rasgos más importantes establecen la unidad; los secundarios, la pluralidad. Pero esta pluralidad no atenta a la estructura sustancial de la unidad, aunque perturbe la secundaria de la uniformidad. (No olvidemos otro hecho: el francés, el italiano o el español son, con sus diferencias, paradigmas típicos dentro de los romances; en ellos se cumplen todos los requisitos necesarios. En la definición buscamos lo que vale, en líneas generales, para todos y para siempre; desde el particularismo de los hechos menudos, cada lengua, más que cada palabra, tiene una historia propia, que le aparta y la independiza de las demás.)

El ser «vehículo de una importante tradición literaria» viene a establecer una distinción entre dialectos de un mismo origen, de los cuales uno ha logrado fortuna más próspera. En la Edad Media, o en determinado momento de la Edad Media, ni el florentino, ni el castellano, ni el dialecto de la Île-de-France tenían un cultivo literario superior al siciliano, al leonés o al anglo-normando, pongo por caso; pero los dialectos aducidos en último lugar no mantuvieron su tradición literaria, sino que renunciaron a ella en beneficio del toscano, del franciano o del castellano. Por eso, con independencia de las causas políticas, que muchas veces no culminaron hasta hace poco, el italiano, el francés o el español tienen un determinado —y concreto— origen dialectal. Y en ellos cristalizaron sendas y valiosas literaturas. (Esta condición, válida para las tres lenguas románicas más importantes, no afecta al portugués ni al catalán, de estructura primitiva distinta; ni afecta tampoco a las lenguas que no poseen una gran literatura o a las que, como el rumano, han despertado muy tarde su sentido lingüístico.) Sin embargo, en el complejo lingüístico del Languedoc nadie ha discutido nunca —ni muchísimo menos— la categoría del provenzal, mientras que está en tela de juicio la del gascón.

En último lugar, he señalado «por haberse impuesto a sistemas lingüísticos de su mismo origen». Esta condición sirve para aclarar no sólo el concepto de *lengua*, sino también para resolver las diversas antinomias que ha suscitado la definición de *dialecto*. No obstante, delimita, junto a la condición anterior, por qué el siciliano, el anglo-normando o el leonés no son lenguas.

Técnicamente, la condición primera, «estructura lingüística fuertemente diferenciada», había resuelto el problema de las innominadas *lenguas nacionales*, que si era marginal a nuestro actual interés, se había deslizado en alguna definición estructural de *dialecto*.

DIALECTO es, de acuerdo con lo que hemos dicho, 'un sistema de signos desgajado de una lengua común, viva o desaparecida; normalmente, con una concreta limitación geográfica, pero sin una fuerte diferenciación frente a otros de origen común'. De modo secundario, pueden llamarse dialectos 'las estructuras lingüísticas, simultáneas a otras, que no alcanzan la categoría de lengua'.

Según esto, es condición del dialecto su débil diferenciación con respecto a otros del mismo origen. Pensemos en un estado primitivo del castellano con respecto al leonés o al aragonés, antes de que se impusiera

como vehículo lingüístico. Y tengamos en cuenta la comunidad de procesos que aún hoy unen a las hablas marginales, frente a la «fuerte diferenciación» central.

Al considerar el dialecto como fragmentación o escisión de una lengua «viva o desaparecida», damos cabida en el concepto de dialecto tanto a las formaciones antiguas (castellano, aragonés, leonés) como a las que se están fraguando ante nuestros ojos (hablas meridionales de España). Ahora bien, conviene no atomizar los hechos actuales por falta de perspectiva para que la situación de hoy tenga coherencia con lo que sabemos de las épocas pasadas. Aclaremos con un ejemplo: nadie suele discutir que el andaluz sea un dialecto, pero ¿lo es el canario?

Al encaramos con los conceptos básicos de la lingüística (qué entendemos por *lengua*, qué entendemos por *dialecto*) resulta que denunciamos deficiencias en los historicistas y en los estructuralistas. Los primeros, inflexibles en la aplicación de unos principios a los que quieren dar valor universal, no llegan a comprender el hecho lingüístico porque se escapa de su apriorismo; los estructuralistas, por reacción, abdican del sentido histórico en busca de un prehistoricismo válido para muy diversas estructuras. La explicación de estas posturas está en la creación de la lingüística como ciencia, gracias a los hallazgos del comparatismo y la aplicación del concepto de ley. No se podía renunciar a lo que tanto dio, aunque se hubiera llegado a los límites extremos de viabilidad. Los lingüistas norteamericanos se hicieron lingüistas desde la antropología. El estudio de los pueblos sin historia y el conocimiento de las lenguas amerindias hizo que Boas, Bloomfield, Sapir y, hoy Hockett o Harris, hayan practicado una lingüística pura, sin entronques ni engarces con nada paralingüístico o extralingüístico. Ciertamente, según su postura, en un plano estrictamente sincrónico se podrán describir de un modo semejante todas las lenguas, pero —aquí mis reservas— no se pueden explicar del mismo modo todos los hechos de todas las lenguas. No lleva a grandes resultados comparar el tunica con el italiano o el francés con el bantú.

Los factores paralingüísticos, por muy externos que sean a una lengua, llegan a convertirse en factores internos (historia, sociología, economía, etcétera), y entonces nos encontramos con un estado de cosas que, considerado sólo desde la lingüística, resulta parcial e insuficiente; tan parcial e insuficiente como la lingüística decimonónica, preocupada —sólo— por reconstrucciones históricas, ajenas en buena medida a los hechos internos de la lingüística. Por muy indiferentes que queramos ser a cualquier tipo de descripción (equiparando, por ejemplo, *hablar*, *dialecto* y *lengua*), unos factores extralingüísticos habrán incidido en el sistema estableciendo unas categorías socio-culturales; si nos desentendemos de ellas, sacrificaremos voluntariamente la posibilidad de explicar muchos hechos.